

siástica. No debe ser descuidado ninguno de los elementos propios á prestar fuerza al establecimiento de un gobierno, á cuya cabeza se pudiese la Reina madre, en nombre de su hija doña Isabel. Conviene, sobre todo, añadía O'Donnell, estar muy alerta acerca de la disposicion en que se hallan los cuerpos del ejército en los que todavía no tenemos inteligencia; averigüese si están bien pagados y si se hallan descontentos los cumplidos á los que no se ha dado todavía sus licencias. En esta obra no es dudoso que seremos ayudados á pesar suyo por los exaltados.»

Hallábase el gobierno tan receloso de los trabajos de los emigrados, principalmente á causa del auxilio que temía les fuese prestado por el gobierno francés, que hizo sabedor de sus recelos al ministro de Inglaterra en Madrid. Participó este á su gobierno las desconfianzas del Regente, y lord Aberdeen, no obstante lo pronunciada que era su opinion *tory*, se dirigió al gabinete de Paris en el sentido de prevenirlo acerca de las tramas que en su territorio se fraguaban contra el gobierno de una nacion amiga, para la que reclamaba la neutralidad que esperaba no fuese infringida por el gabinete francés.

Pero la rapidez del movimiento insurreccional fué tan general, tan instantánea, que no admitió de parte del gobierno valerse de otros medios de resistencia que de los de fuerza de que pudiese inmediatamente disponer. Mas ¿dónde podía buscarlos, teniendo en frente lanzados á combatirlos, los elementos mas valiosos del partido progresista, y vacilante ya la fidelidad del ejército hacia el caudillo al que habia seguido al efectuarse el pronunciamiento de 1840?

Para colmo de desventura no podia tampoco contar el Regente con tener al frente de las provincias autoridades de prestigio y decididas á obrar con la energía que reclamaban las circunstancias. Los mas importantes distritos militares se hallaban regidos por generales que no tardaron, los mas, en adherirse al torrente popular. Cortinez en Cataluña, Alvarez en Granada, Carratalá en Sevilla, vacilaron, erraron ó no supieron mantener á las tropas en la obediencia, ni sujetas las provincias. Los jefes militares que se mantuvieron fieles al Regente, como Seoane, Zurbano, Carondelet, Ena, ninguno de ellos tuvo el acierto, ni la fortuna de haber siquiera detenido la impetuosa corriente desencadenada contra un poder que se habia levantado en la errónea creencia de que respondía á un sentimiento de interés general, que representaba un partido que tenia detrás de sí la inmensa mayoría de la opinion liberal y que además podia estar seguro de la lealtad del ejército.

Pero mejor que estas anticipadas reflexiones, los sucesos que van á desarrollarse pondrán de manifiesto toda la debilidad de la situacion de que la Regencia era símbolo; embate que se declaró de la manera mas universal y ruidosa á impulso á la vez de los elementos revolucionarios y de los movidos por los opositores á toda clase de régimen liberal.

CAPITULO II

Los alzamientos

Actitud de los zaragozanos.—Prim en Cataluña.—Generalato de don Antonio Seoane.—Pronunciamiento de Valencia.—Alzamiento general de las provincias.—Conducta y actos del Regente.—El Regente del reino á la nacion.—El general Serrano y el ministerio universal.

Cuarenta y ocho horas despues de la memorable sesion del Congreso, á la que siguió la disolucion de las Córtes, enarbolóse la bandera que el ministerio Lopez habia proclamado y cuya repudiacion por el Regente arrancó á Olózaga las fatídicas palabras de *Dios salve al país, Dios salve á la Reina*.

La ciudad de Málaga que, como sobradamente es sabido de nuestros lectores, monopolizaba el privilegio de ser la iniciadora de los movimientos de índole insurreccional, alzó su bullicioso pendon, esta vez significado por medio de una exposicion de su ayuntamiento y de su milicia en la que pedia al Regente la caída del gabinete Becerra y la vuelta al poder de Lopez y de sus compañeros. Granada y Almería siguieron el ejemplo de Málaga, señalándose la última de dichas provincias por la explícita declaracion de que continuaria adicta á la Re-

gencia del duque de la Victoria hasta el día 10 de octubre que era el en que terminaba su existencia legal.

El pronunciamiento de Granada fué de carácter mas ambiguo. Pusiéronse á su frente hombres de distintas procedencias. Don Ramon Crooke, progresista muy pronunciado; don Jaime Salamanca, hermano del banquero del mismo apellido; don José Pareja Martos, y don Juan Floran, marqués de Tabuérniga, muy conocido como orador de la Fontana de Oro en 1820, pero cuyas tendencias conservadoras comenzaban á dibujarse. El capitán general del distrito, Alvarez, ausente de la capital, no aprobó el movimiento, y su actitud bastó para atraer á los malagueños, tan prontos á despronunciarse si habia peligros que afrontar como dispuestos á alzar de nuevo su bandera, táctica en la que vieron entonces acompañados por la voluble disposicion del marqués de Torre-Megía, coronel del regimiento de milicias provinciales al que daba nombre la levantisca ciudad, el que habiéndose asociado al prematuro pronunciamiento, volvió á unirse al gobierno para acabar mas tarde por separarse de su obediencia cuando vió perdida la causa del Regente.

Pero las altas y bajas que tuvo el movimiento granadino vacilaron entre levantar pendon por el ministerio Lopez, sin desconocer por ello la autoridad del Regente, y aguardar para declararse abiertamente contra este á que tomase color el desconocimiento de su autoridad á consecuencia de la adhesion de la gran mayoría de las provincias pronunciadas al decreto del titulado ministerio universal, fecha 29 de junio, suscrito por el general Serrano en nombre de aquel centro revolucionario, por el que se declaraba deber cesar el ejercicio de la autoridad legal del Regente.

Los movimientos de Andalucía fueron lentos hasta que afirmada la supremacía de los coligados en Valencia y en Sevilla, los sucesos llegaron á infundir suficiente confianza á las juntas de Málaga, Granada y demás ciudades andaluzas, que acabaron por mostrarse animosas y resueltas á seguir el derrotero mas radicalmente contrario á la situacion simbolizada por la Regencia.

Con una investidura militar mas aparente que efectiva fué designado Van-Halen para sujetar las provincias del Mediodía. No se le dieron fuerzas adecuadas á la empresa, y el espíritu del ejército, principalmente el de la oficialidad y el de los cuerpos facultativos, iba manifestándose tan contrario á lo existente que no llegó Van-Halen á reunir un mediano contingente de artilleros hasta los últimos días del asedio de Sevilla, cuando la autoridad de Espartero era desconocida en la mayor parte del reino. El principal impulso que la insurreccion recibiera debia venirle de las provincias del Noroeste.

Resueltos los coalicionistas á obrar activamente contra el gobierno del Regente desde el momento en que apareció el decreto de disolucion, los mas influyentes y mas osados entre los ex-diputados tomaron el camino de los distritos que habian representado, impacientes por mover á sus amigos á que formasen parte de la cruzada que se hallaban decididos á organizar. Ametller y Bassols se dirigieron á Cataluña, Royo, Las Casas, Benedicto y Borsé á Aragon, con Ortega y Quinto. Otero, Quantes, Prast, Arias de la Torre, Arias Uria, Fernandez Poyal y don Juan Bautista Alonso á Galicia. Portillo á Cuenca, Arrieta á las provincias Vascongadas, don Antonio Collantes á Burgos, Garnica y Uzal á Santander. Olózaga solo consintió en escribir cartas. Madoz fué á Bayona, de donde provisto de fondos marchó á Cataluña á capitanear el movimiento de Lérida.

El malogrado don Jaime Ortega y don Javier Quinto llegaron á Zaragoza presumiendo uno y otro demasiado de su influjo sobre el ánimo de sus paisanos. La milicia de la capital de Aragon era acérrimamente esparterista y lo eran tambien los hermanos Marracos, su compariante Ugarte y los prohombres del partido progresista zaragozano. Por sorpresa y por la natural propension que en aquellos días mostraban las masas populares de las grandes ciudades de provincias á las exageraciones y á dictar leyes á la autoridad, consiguieron Ortega y su acompañante que tuviese lugar una momentánea manifestacion en favor de las aspiraciones de los coligados; pero duró muy poco el engrimiento de los adictos á los dos ex-

diputados. Apercibida que húbese la mayoría de los nacionales de que la manifestacion se dirigia contra Espartero, excítose su indignacion, corrieron á las armas, y muy mal lo hubieran pasado Ortega y Quinto á no haberse apresurado ellos y los mas comprometidos entre sus cooperadores á abandonar la ciudad. Pero quedábales campo en el territorio aragonés y lo explotaron con actividad y decision, no habiendo tenido que esperar mucho tiempo para hacerse en los pueblos con los aliados que no habian hallado en la capital. Aun dentro de la misma Zaragoza no dejaban de tener simpatías, toda vez que unas alocuciones impresas que habian dirigido al pueblo y que presentaban todos los caracteres de libelo incendiario y de excitacion á la revuelta, denunciadas por el ayuntamiento fueron absueltas por el jurado.

Mas diligentes todavía que Ortega y Quinto el coronel don Juan Prim y don Lorenzo Milans alzaban en Reus el 27 de mayo franca é inequívoca bandera de guerra contra el Regente, dando el primer grito que resonó en España en favor de la mayoría de la Reina. Si agresiva y enconada fué la proclama absuelta por el jurado zaragozano, mas apasionada y violenta lo era todavía la lanzada al pueblo catalán por los dos coalicionistas de Reus. En ella trataban al Regente de soldado de fortuna, de aventurero egoísta, y á su ministro Mendizábal, el antes adorado jefe de los progresistas, de intrigante, de embaucador, de dilapidador de los intereses públicos.

Tan diligente y activo como resuelto y audaz, presentóse Prim delante de Tarragona, solícito de entrar en la plaza y hacer que se pronunciasen contando, como bien podia esperar, ser ayudado por los nacionales de la localidad. Pero el comandante general de la provincia Osorio, rechazó las propuestas de Prim, quien tuvo que regresar á Reus sin haber logrado su intento.

En el entre tanto Barcelona aunque no se habia todavía pronunciado, encerraba gérmenes de insurreccion.

Todos los partidos políticos esperaban utilizar la crisis á que habian llegado las cosas públicas. Los progresistas avanzados simpatizaban plenamente con la coalicion; los fabricantes y los operarios fabriles, preocupados por el temor de la introduccion de artefactos ingleses, soliviantaban al pueblo. Los moderados, apercibidos de los trabajos y esperanzas de los generales emigrados, traian en apoyo de la agitacion dueña de los ánimos, el contingente de la respetabilidad de las clases acomodadas. Y la autoridad militar hallábase en manos del general Cortinez, mas cuidadoso de no naufragar en la desencadenada tempestad política cuya gravedad era ya palpable, que de quemar sus naves en obsequio de un régimen que habia concitado el enojo de todos los partidos.

Dejó suficientemente á conocer cuál era el espíritu que animaba la poblacion de la capital de Cataluña un hecho que de por sí solo ponía de manifiesto cuán intensa era la irritacion popular. El general Zurbano á la cabeza de la division de su mando atravesaba la Rambla en marcha para Tarragona, cuando se vió silbado, insultado y hasta amenazado por las turbas que interrumpieron su paso, habiendo tenido el general que tirar de la espada para defenderse, sin que sus soldados se indignasen del mal tratamiento de que su jefe era objeto. Vióse Zurbano en la necesidad de efectuar su salida por otra puerta que la que habia escogido, recibido que hubo aviso de que en aquella direccion recibiría descargas del paisanaje irritado contra el general esparterista.

No tardó el ayuntamiento en tomar parte en el movimiento, y bajo sus auspicios y con la vènia del capitán general Cortinez se formó una junta compuesta de moderados y progresistas, la que no tardó en trasladarse al cercano pueblo de Sabadell, vendiendo á Cortinez el obsequio de que lo verificaba á fin de no hacer sombra á su autoridad, pero evidentemente movida por el deseo de obrar con entera libertad y sin dependencia del Capitán general. Pronto vino á confirmar este juicio el título de *junta central* que se apropió la de Sabadell.

Llegado al frente de Reus procuró Zurbano, sin éxito, que se le abrieran sus puertas. Tuvo comunicaciones con Prim que no adelantaron el propósito del general, y fuese orgullo ó falso cálculo, apeló al medio extremo de arrojar bombas y granadas sobre aquella poblacion fabril. Vióse en su conse-

cuencia obligado Prim á evacuar un punto que no contaba con suficiente fuerza para poder defender, y seguido por una reducida columna de nacionales abandonó á Reus.

A su paso para Tarragona habia Zurbano, de acuerdo con el comandante general de la provincia Osorio y con el jefe político Keiser, desarmado la milicia como sospechosa de desafeccion, pero Cortinez, ya en vísperas de declararse abiertamente coligado, hizo salir para Tarragona el vapor *Isabel II* con órdenes para aquellas autoridades de que levantasen el estado de sitio y devolviesen las armas á la milicia. Pedia además el Capitán general que inmediatamente le fuesen enviados los batallones de San Fernando que guarnecian la plaza, tropa que se conservaba adicta al gobierno y con la que contaban el Comandante general y el jefe político para hacer frente al espíritu hostil de la poblacion y de una parte del vecindario. No atreviéndose á negar el cumplimiento debido á las órdenes del Capitán general, las obedecieron, pero temerosos por su propia seguridad abandonaron la plaza y se refugiaron á bordo del vapor portador de las órdenes que acababan de cumplimentar.

No obstante el conocido y ruidoso esparterismo del general don Antonio Seoane, su mando del ejército de Cataluña y Aragon no fué del agrado de los amigos del duque de la Victoria. Se mostró indeciso y flojo al estallar la abortada intencion de Ortega y de Quinto, y nada supo discurrir ni mandar cuando todavía disponia de superiores fuerzas organizadas para haber operado contra los levantados en Cataluña, ni menos supo oponerse á los movimientos de Narvaez, el que desembarcado en Valencia iba á jugar el brillante papel de que seguidamente nos ocuparemos.

De otro error grave acusaron los apologistas de Espartero al excéntrico amigo del Regente. Habia hecho este salir en posta para Barcelona á su ayudante el brigadier Barcáiztegui, portador de instrucciones para el general Cortinez, en quien tenia todavía Espartero plena confianza. Llevaba al mismo tiempo el brigadier especial encargo de estudiar el estado de Cataluña, á fin de traer al gobierno ciertos datos sobre los que poder fundar sus providencias. Pero fué Barcáiztegui detenido por Seoane á pretexto de que él lo podia todo sobre el ánimo de Cortinez de quien no habia por qué dudar; de cuyas resultas detuvo al ayudante del Regente hasta que habiendo arreciado los sucesos, la mision de aquel perdió el interés que ofrecia si hubiese sido evacuada oportunamente.

Pero fijemos preferentemente nuestra atencion sobre los importantes sucesos que con vertiginosa rapidez se consumaban en Valencia y en las provincias del Sudeste. El carácter inquieto de sus naturales no podia permanecer tranquilo al llegar á sus oídos los movimientos de Andalucía y Cataluña.

La autoridad civil regida por un hombre muy enérgico, don Miguel Antonio Camacho, entusiasta por el Regente, y la militar en manos del general Zavala, capitán general del distrito, y que pasaba por íntimo amigo del duque de la Victoria, apaciguaron una primera demostracion intentada por algunos estudiantes el 23 de mayo. Pero aquella calma fué de muy corta duracion. Sujetos notables de la capital se habian puesto de acuerdo para levantar la bandera coalicionista. Pertenecian los mas de ellos á la colectividad de los moderados, otros á la de los progresistas mas ardientes.

Al ver que los grupos de agitadores los formaban en gran parte vecinos de respetabilidad y arraigo, el general Zavala vaciló en ordenar en aquellos momentos cargas de caballería contra grupos hasta entonces inofensivos. Pero excitados estos por el entusiasmo que los animaba y por su creciente número, se atrevieron á mas; lanzáronse gritos de *viva la Reina!* y *jabajo los ministros!* Entre los que capitaneaban al pueblo figuraban el abogado Sabater, el demócrata Boix, el progresista Blasco y el veterano de la guerra de la Independencia, el simpático don Vicente Beltran de Lis. Al general Olloqui que se presentó al frente de mitades de caballería en sosten del orden, lo aclamó el pueblo vitoreándole á él y á sus soldados. Hasta aquel momento no se habia perpetrado ningun acto violento, si bien la eferescencia era tan grande que todo podia temerse, si la oleada popular rompía los diques dentro de los que se habia hasta entonces contenido.